

COMENTARIO

por Hugo E. Ratier

Cecilia Hidalgo celebra, historia y recuerda la aparición de una nueva orientación en la antropología, la antropología de la ciencia. La enmarca dentro de la llamada *antropología del presente o del mundo contemporáneo*. A mi entender esas adjetivaciones reflejan una perspectiva europocéntrica, signada por el desarrollo de la antropología francesa y el refluir de sus cultores desde las colonias a la metrópoli, como producto de la descolonización. No me parecen aplicables a nuestro medio. Mi generación, en particular, rechazó desde un comienzo la etnología de lo exótico y utilizó sin hesitación sus herramientas metodológicas en el campo y las grandes ciudades. Quienes practicaron una etnología de corte colonialista exclusivamente sobre indígenas, o cierto folklore pintoresquista, fueron los personeros de las dictaduras que tanto persiguieron a nuestra ciencia en el país. No es casual que sus mentores fueran europeos. Para ellos sí, la Argentina era territorio exótico (*lejano*, en la formulación francesa) al que estudiaban como antropólogos coloniales, y negaban apasionadamente toda relación de sus temáticas con la contemporaneidad y sus urgencias sociales.

Es Gerard Althabe (1995), entre otros, quien introdujo esos conceptos y los desarrolló durante los cursos que diera en nuestro país. Al escuchar sus argumentos un antropólogo argentino se asombra de que *recién ahora* se estén discutiendo temas que entre nosotros llevan décadas de debate, como la relación investigador-investigado o el rol del antropólogo. También impacta la tardía incorporación en Francia de bibliografía antropológica anglosajona de los años 30, o que la primera traducción de C. Geertz sea de 1986, posterior a sus versiones castellana y portuguesa. En la Argentina la preocupación por una antropología del presente data de fines de los 60 y comienzos de los 70. Pese al recorte oficial que nos relegaba a los indios y campesinos, siempre incorporamos problemáticas actuales, aún respecto de esos *objetos clásicos*. Metodológicamente negábamos, inclusive, la pertinencia de trazar fronteras entre antropología y sociología. Hasta objetábamos el rótulo entonces reciente de “sociedades complejas” por considerarlo etnocéntrico, en tanto suponía que las que estudiaba la antropología serían “sociedades simples”.

No hay entre nosotros, por lo tanto, una antropología de lo lejano. No tenemos colonias; en todo caso somos casi una. Por lo tanto siempre produjimos sobre nuestro propio contexto sociocultural. Nos preocupó desexotizar a indios y campesinos e insertarlos en el escenario nacional, y con un alto grado de compromiso respecto a sus problemas. A lo Oscar Lewis migramos luego con esos campesinos hacia el área urbana.

En 1968 decía una publicación especializada:

“Si estudiamos nuestra población campesina, si incursionamos en la más compleja cultura

urbana nacional, estamos trabajando entre compatriotas, no en una lejana colonia. Sus problemas son, en gran medida, nuestros problemas. Sentimos, por ende, la Antropología de manera muy distinta. Y, probablemente, llegaremos a formulaciones teóricas también distintas a las de la añeja antropología colonialista” (Antropología social..., 1968:2).

Tememos que se repita aquí lo que Eduardo Menéndez advertía por entonces, acerca de la antropología oficial de la época:

“Creemos que el elemento más deformador fue el que privilegió una perspectiva reconstructiva y universalista, a través de la elección de problemáticas que eran *calçadas* de las propuestas en los centros científicos metropolitanos, pero que muy poco tenían que ver con las problemáticas a establecer desde una perspectiva nacional y latinoamericana” (Menéndez, 1968: 48).

Nuestra antropología social arrancó como una antropología del presente y del mundo contemporáneo, operando entre indios y campesinos pero también entre diversos agentes sociales habitantes de ciudades medias y grandes, tal como se advierte en la lista que da Menéndez en la misma publicación y en la alusión a trabajos pioneros por parte de ese autor y de varios colegas acerca, por ejemplo, del significado social de la enfermedad en un barrio de clase media de Buenos Aires. Menéndez postulaba la unidad subyacente en esas investigaciones:

“Lo que uniforma a estos trabajos es una orientación más o menos común -tratar problemas centrados en el ‘aquí y ahora’ con una perspectiva regional o/y nacional y una dimensión etnohistórica frente a la perspectiva geotemporal y universalista de las corrientes anteriores; -una mayor concientización de la ‘perspectiva científica’ frente al impresionismo y personalismo tradicionales; -proyección de la disciplina sobre grupos no solamente marginales, sino integrados y participantes en áreas regionales y nacionales y el paulatino acceso a la ‘antropología urbana’, lo cual implica la superación del tradicional y deformador planteo comunitario aislado” (Menéndez, 1968: 50).

Importar, por lo tanto, marcos conceptuales forjados después de 1980 a una realidad donde su formulación suena antigua, *déjà vu*, nos parece, como mínimo, innecesario. Creo que, sin ensoberbecimientos, en este terreno tendríamos bastante que enseñar a los colegas europeos, recién llegados al estudio de la propia realidad y un tanto perdidos en ese papel (V. Ratier, 1995).

Hace tiempo que practicamos el diálogo con disciplinas como la sociología y la economía con las cuales ya saldamos la cuestión de la competencia en el medio urbano. Desde siempre rechazamos la oposición *primitivo-contemporáneo* no por meros pruritos ideológicos, sino porque nuestras condiciones de trabajo y el debate científico con quienes se nos oponían nos obligaban a ello. Esto llevó a que nuestros adversarios nos nieguen aún hoy la condición de antropólogos. Tal simbólica expulsión se puso de manifiesto cuando ciertos integrantes de comisiones asesoras del CONICET rechazaron informes por considerarlos “sociologizantes” (circa 1989-90). A nivel continental se discutieron bastante los aspectos metodológicos implícitos en ese trabajar en la propia sociedad (Da Matta, 1983; Ribeiro, 1989) y los problemas de exotizar lo familiar y hacer familiar lo exótico.

Hidalgo es consciente de esto, como lo revela su afirmación de que en el análisis de las comunidades científicas “...Sin plena conciencia en ese entonces, nos alineábamos con tantos otros antropólogos (Michael Fisher, Sharon Traweek, David Hess, Paul Rabinow, Emily Martin, Arturo Escobar, entre otros) en la consolidación de una antropología de la ciencia y la tecnología” (p. 9). Yo diría que no es casual, además, que la indagación comenzara por la propia comunidad científica y profesional: los antropólogos sociales de Buenos Aires. Ya en la elección del objeto se pone en evidencia la comodidad con que nos movemos en un terreno próximo, familiar, presente y

contemporáneo. Se revela, asimismo, la urgencia que se experimentaba en la época por conocer ese campo maldito de nuestra antropología, perseguido y vituperado, cuya historia yacía solo en las memorias individuales. Tratamos de llenar un vacío entre generaciones, abierto por la dictadura. Recién después de ese ejercicio casi introspectivo se partió hacia comunidades más lejanas.

La autora muestra que hubo continuidades que prefiguraban futuras rupturas. Lo que afirmamos es que cuando ella describe las nuevas bases en que se estructurarían las orientaciones nacientes está relatando un proceso que los antropólogos sociales argentinos ya transitamos. La llamada "extranjerización del investigador" (a nuestro entender traducción poco afortunada del francés *étranger* que, además de *extranjero*, significa *extraño*; con lo cual lo correcto sería hablar de *extrañamiento* del investigador) fue cuestionada entre nosotros al criticar la categoría *objeto de investigación*. Se postuló elevar a *sujeto* a los informantes. Cuando en realidades cercanas, como el Brasil, no se hablaba del tema, en nuestras reuniones y congresos se discutía con pasión el *rol del antropólogo*, problema relevante para nosotros.

Como lo evidencian las citas anteriores, la afirmación: "La gran diferencia con la antropología de nuestros días es que la voluntad de analizar antropológicamente la propia sociedad, la cultura propia, la experiencia presente, es ahora explícita, no vergonzante y ello supone un gran cambio", es válida para Europa. De ninguna manera para la antropología social argentina.

Al margen de esta crítica, el esfuerzo de Hidalgo es valioso, e interesante la elección de tres figuras clave para ejemplificar la redefinición de la práctica antropológica entre nosotros. No sabemos si encarnarían tres orientaciones alternativas. El comentario sobre la "pesca directa" de Menéndez en textos no antropológicos fue -y es- práctica corriente entre quienes rechazamos la escotomización de los campos científicos y nos vimos obligados a remediar las falencias de nuestra formación en otras fuentes. Justamente lo que sentimos como falla en la graduación antropológica actual es la poca frecuentación de los clásicos por parte de los alumnos.

Pondríamos aparte el caso de Néstor García Canclini. Tanto Menéndez como Hermitte fueron formados en la UBA. García Canclini -filósofo de formación- proviene de La Plata. Allí, en Rosario y en Córdoba es visible la impronta de Alberto Rex González, posgraduado en Estados Unidos, como Hermitte, quien entiendo es uno de los mayores impulsores de una antropología social distinta y abierta entre nosotros. El otro fue, *malgré lui*, Marcelo Bórmida, en oposición a cuyos planteos y prácticas político-académicas, conseguimos plasmar una antropología bastante original. Un colega, residente en México, rescata aún hoy haberse escolarizado en Buenos Aires, pues ello le ahorró buena parte del estructural-funcionalismo anglosajón, del que pudo sacudirse fácilmente, cosa que no ocurrió con otros compañeros.

Respecto a la antropología de la ciencia, Hidalgo también apunta que hay antecedentes al hito constituido por la aparición del trabajo de Latour y Woolgar en el desarrollo de la especialidad. Entre ellos -destaca- las contribuciones de Menéndez en cuanto a la práctica médica. Hay, además, un antecedente poco conocido: una investigación emprendida por un equipo integrado, entre otros, por Menéndez, María Rosa Neufeld y Mirta Lischetti sobre la comunidad científico-social argentina hacia 1967-68. Su objetivo era analizar cómo se daba el financiamiento de los programas de sociólogos, antropólogos, economistas y otros científicos, y quienes aprovechaban sus resultados. Como se ve, explorar la propia comunidad es un viejo vicio de los antropólogos cosa que, en nuestro país, siempre tuvo clara connotación política. Eran los tiempos del tristemente célebre Plan Camelot.

De todos modos es innegable que la subdisciplina hoy emergente se consagra en forma institucional (congresos y encuentros propios, asociaciones mundiales, publicaciones, cursos) recién en estas últimas décadas. La revisión de la autora es útil y estimulante para quienes, entre nosotros, han tomado esa senda. Esperamos en próximos artículos se comuniquen los avances producidos por el equipo en esta novedosa práctica etnográfica.

Buenos Aires, 1° de junio de 1998

BIBLIOGRAFIA

Althabe, Gerard

Clases Seminarios 1992-94 (mimeo). Traducción de Adriana Stagnaro. Buenos Aires, 1995.

"Antropología social aquí y ahora" (editorial). En: *Actualidad antropológica* N° 2, Olavarría, enero-junio 1968, p. 1-3.

Matta, Roberto da.

Relativizando; Uma introdução à antropologia social. Petrópolis, Vozes, 1983.

Menéndez, Eduardo Luis.

"Acotaciones sobre la situación de la Antropología Social en la Argentina". En: *Actualidad antropológica* N° 3, Olavarría, julio-diciembre 1968, p. 48-51.

Ratier, Hugo E.

Cuestión étnica y regionalización: el caso del cono sur de Sudamérica. Buenos Aires, 1995. mimeo.

Ribeiro, Gustavo Lins.

"Descotidianizar: Extrañamiento y conciencia práctica. Un ensayo sobre la perspectiva antropológica". En: *Cuadernos de Antropología Social*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Vol. 2, N°1, 1989; p.65-69.